

— Sí, señor; si hubiera creído que el que se titulaba mi padre lo era verdaderamente, y que para verme se había rodeado de tanto misterio, os juro, caballero, que nada me habría hecho apartar de la línea de mis deberes.

— ¡ Oh! ¡ querida niña! exclamó el duque con un acento que hizo estremecer á Elena.

— Entonces Gastón me habló de una persona que no podía negarle nada, que debía velar por mí y reemplazar á mi padre. Me ha traído aquí diciéndome que iba á volver á buscarme: lo he esperado más de una hora, y temiendo que le hubiese sucedido algo, he preguntado por él.

El regente frunció las cejas.

— De suerte, dijo cambiando de conversación, que la influencia de Gastón es la que os ha apartado de vuestro deber; sus sospechas despertaron las vuestras.

— Sí, señor; se asustó del misterio que me rodeaba, y temió que aquel misterio ocultase un proyecto que me fuese fatal.

— Mas para persuadiros ha debido daros alguna prueba.

— ¿ Qué más prueba que esa casa infame? Un padre ¿ habría llevado á su hija á semejante casa?

— Sí, sí, murmuró el regente; fué muy mal hecho; pero convenid en que sin las sugerencias del caballero, vos, en la inocencia de vuestra alma, no habríais sospechado nada.

— Es verdad; pero afortunadamente velaba Gastón por mí.

— ¿ Creéis, señorita, todo lo que Gastón os dice? repuso el regente.

— Fácilmente adopta una las opiniones de las personas que ama, respondió Elena.

— ¿ Y vos amáis al caballero, señorita?

— Hace cerca de dos años.

— ¿ Y cómo os veía en el convento?

— Por la noche en una barca.

— ¿ Y era muy á menudo?

— Todas las semanas.

— ¿ Conque le amáis?

— Sí, señor, le amo.

— ¿ Pero cómo habéis dispuesto de vuestro corazón sabiendo que no erais dueña de vos misma?

— Hacia diez y seis años que no había oído hablar de mi familia; ¿ podía yo pensar que se acordase de mí de repente, ó más bien que una odiosa intriga me sacaría de aquel asilo en que vivía tranquila para tratar de perderme?

— ¿ Pero creéis todavía que ese hombre ha mentido? ¿ Creéis aun que no es vuestro padre?

— ¡ Ah! ¡ señor! ahora no sé qué creer, y mi espíritu se pierde en esta terrible realidad, que á cada instante estoy tentada á creer es un sueño.

— Pero no es á vuestra alma á quien debíais consultar, Elena, sino á vuestro corazón. Al lado

de ese hombre, vuestro instinto ¿ no os ha dicho nada ?

— ¡ Oh ! ¡ al contrario ! exclamó la joven ; mientras estuve á su lado me convenció, porque jamás he sentido una emoción igual á la que experimenté entonces.

— Si, repuso el regente con amargura ; pero luego que él se ausentó desapareció esa emoción, lanzada de vuestro pecho por otras influencias más poderosas. Es muy sencillo : ese hombre era vuestro padre, y Gastón era vuestro amante.

— Señor, dijo Elena asombrada, me habláis de una manera tan extraña...

— Perdonad, replicó el regente con voz suave ; veo que me he dejado llevar demasiado del interés que me inspiráis ; pero lo que me admira sobre todo, señorita, continuó el duque con el corazón oprimido, es que siendo amada del caballero de Chanlay, como parecéis serlo, no hayáis tenido sobre él bastante influencia para hacerle renunciar á sus proyectos.

— ¡ Á sus proyectos ! ¿ qué queréis decir ?

— ¡ Cómo ! ¿ ignoráis con qué objeto ha venido á París ?

— Lo ignoro. El día que bañada en lágrimas le dije que me veía obligada á salir de Clisson, me contestó que él tenía también precisión de partir de Nantes ; y cuando le anuncié que venía á París,

me respondió con un grito de gozo que él seguía también el mismo camino.

— De modo, continuó el regente, como si su corazón se libraba de un gran peso, ¿ de modo que no sois su cómplice ?

— ¡ Su cómplice ! exclamó Elena asustada, ¿ qué significan estas palabras ? ¡ Oh Dios mío !

— Nada, nada, contestó el regente.

— ¡ Oh ! si, señor, me habéis dicho una palabra que me lo revela todo. Sí, yo me preguntaba de dónde procedía esa mudanza en el carácter de Gastón ; porque desde hace un año, cada vez que le hablaba de nuestro porvenir, me decía : « Pensemos en lo presente, Elena ; nadie está seguro de lo que sucederá el día de mañana ; » en fin, le veía sumergido muchas veces en profundas meditaciones, y tales, que parecía amenazarle algún terrible infortunio. ¡ Ah ! ¡ vos me lo acabáis de revelar con una sola palabra ! En Bretaña, Gastón no se trataba sino con descontentos : los Montlouis, los Ponteclec, los Talhouët. ¡ Ah ! ¡ Gastón ha venido á París para conspirar ! ¡ Gastón conspira !

— ¿ De manera que vos no sabíais nada de esta conspiración ?

— ¡ Ah ! señor, soy mujer, y sin duda Gastón no me ha juzgado digna de poseer semejante secreto.

— ¡ Oh ! ¡ tanto mejor ? ¡ tanto mejor ! exclamó el regente ; y ahora, hija mía, escuchadme ; escuchad la voz de un amigo, los consejos de un hom-

bre que podría ser vuestro padre: dejad al caballero que se pierda solo en el camino que ha emprendido, pues que aun es tiempo para vos de deteneros y no pasar adelante.

— ¡ Quién, yo, señor ! exclamó Elena ; ¡ yo le había de abandonar en el momento en que vos mismo decís que le amenaza un peligro ! ¡ Oh ! no, no, señor : los dos estamos solos, aislados en el mundo ; él no tiene más que á mi, yo no tengo sino á él : Gastón no tiene parientes, yo tampoco, ó si los tengo, separados de mí desde hace diez y seis años, están acostumbrados á mi ausencia. Podemos, pues, perdernos juntos sin hacer que corra una lágrima. ¡ Oh ! os engañaba, señor ; cualquiera que sea el crimen que Gastón haya cometido ó deba cometer, yo soy su cómplice.

— ¡ Ah ! murmuró el regente con voz ahogada, mi última esperanza desaparece, ¡ le ama !

Elena miró con asombro al desconocido, que parecía tomar una parte tan grande en su dolor. El regente se repuso y dijo :

— Pero, señorita, ¿ no habíais casi renunciado á él ? ¿ No le dijisteis el día en que os separasteis, que todo debía concluirse, que no podíais disponer de vuestra persona ?

— Sí, señor, todo eso le dije, repuso la joven con exaltación, pero era porque entonces le creía feliz, porque ignoraba que su libertad y tal vez su vida estuvieran en peligro. Entonces solo un corazón

habría sufrido, y mi conciencia hubiera estado tranquila: era un dolor que tenía que arrostrar, y no un remordimiento que combatir. Pero desde que veo amenazada su seguridad, desde que sé que es desgraciado, conozco que su vida es la mía.

— Mas sin duda exageráis el amor que le tenéis, replicó el regente, insistiendo en este punto para no quedarse con ninguna duda acerca de los sentimientos de su hija: ese amor no resistiría á la ausencia,

— Á todo, señor, exclamó Elena. En el aislamiento en que me han dejado mis parientes, este amor ha llegado á ser mi única esperanza, mi felicidad y mi existencia. ¡ Ah ! señor, en nombre del cielo, si tenéis algún influjo sobre él, que si lo tendréis cuando os ha confiado secretos que á mí me oculta, haced que renuncie á los proyectos de que me habéis hablado ; decidle lo que yo no me atrevo á confesarle ; que le amo cuanto puede amarse ; que su suerte será la mía ; que si le destierran, yo me desterraré, si le prenden me reduciré á prisión, y si muere, yo también moriré. Decidle todo esto, y añadid... añadid que en mis lágrimas y en mi desesperación habéis conocido que os decía la verdad.

— ¡ Desgraciada ! murmuró el regente.

En efecto, para cualquier otro que el duque, la situación de Elena era digna de lástima. La palidez de su rostro revelaba que sufría cruelmente ; ade-

más, mientras hablaba, sus lágrimas corrían sin violencia, sin sollozos, como acompañamiento natural de las palabras; de éstas conociase que no decía una sola que no saliese de su corazón, ni que hubiese aceptado un compromiso que no estuviera en estado de cumplir.

— Pues bien, sea como lo deseáis, dijo el regente: os prometo hacer cuanto esté de mi parte para salvar al caballero.

Elena hizo un movimiento para arrojarse á los pies del duque, pues su alma orgullosa se humillaba ante el temor de la desgracia que amenazaba á Gastón. El regente la recibió en sus brazos.

— Señorita, dijo el príncipe después de haberla mirado por espacio de breves instantes con una expresión que le habría descubierto si los ojos de Elena se hubiesen encontrado con los suyos; señorita, atendamos á lo más urgente. Gastón corre peligro, pero no es un peligro inmediato; por lo tanto pensemos primero en vos, cuya posición es falsa y precaria. Gastón os ha confiado á mí y yo debo llenar esta obligación como un buen padre. ¿Tenéis confianza en mí, señorita?

— ¡Oh! ¡sí! puesto que Gastón me ha traído!

— ¡Siempre Gastón! murmuró el regente; después añadió:

— Viviréis en esta casa, que es desconocida, y en la cual estaréis libre. Tendréis por sociedad

buenos libros y mi presencia, que no os faltará, si no os desagrada.

Elena inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

— Además, continuó el duque, esto os proporcionará ocasión de hablar del caballero.

Elena se ruborizó, y el regente continuó diciendo:

— La iglesia del convento inmediato estará abierta para vos á todas horas, y cuando os asalte alguna sospecha del género de las que habéis tenido en la casa del arrabal de San Antonio, el mismo convento os servirá de asilo, pues la superiora es amiga mía.

— ¡Oh señor! dijo Elena, me tranquilizáis enteramente; acepto la casa que me ofrecéis, y la bondad que nos manifestáis á Gastón y á mí, hará que vuestra presencia me sea siempre muy grata.

El regente se inclinó.

— Pues bien, señorita, haceos cargo que estáis en vuestra casa. Su distribución es bastante cómoda, y desde esta tarde os enviaré dos religiosas del convento, que os convendrán mejor que otra cualquiera compañía.

— En efecto, caballero.

— Conque según eso, continuó el regente vacilando; según eso, ¿habéis ya casi renunciado.... á vuestro padre?

— ¡Ah señor! ¿no conocéis que solo el temor de que no lo sea?...

— Sin embargo, replicó el regente, no hay

pruebas positivas que confirmen vuestro temor ; conozco que la casa que acabáis de dejar es un fuerte motivo de sospecha, pero acaso no la habría visto vuestro padre.

— ¡ Oh ! dijo Elena, eso es casi imposible.

— Por último, si diese nuevos pasos para veros, si descubriese vuestro retiro, si os reclamase, ó al menos quisiera visitaros...

— En ese caso, avisaríamos á Gastón, y según lo que él dijese...

— Está bien, repuso el regente con melancólica sonrisa ; y tendiendo una mano á la joven, se dispuso á salir de la habitación.

— ¡ Caballero ! dijo Elena con trémula voz.

— ¿ Deseáis alguna otra cosa ? preguntó el duque deteniéndose.

— Y Gastón... ¿ podré verle ?

— Sí, dijo el duque ; pero á vos misma os conviene verle lo menos posible. Además, ha salido de París, y no volverá hasta dentro de unos días.

— Y á su vuelta ¿ le veré ? preguntó Elena.

— Os lo prometo, contestó el regente.

Diez minutos después, dos jóvenes religiosas, acompañadas de una hermana profesa, se instalaron en la nueva casa que ocupaba Elena.

El regente al salir había preguntado por Dubois, pero le respondieron que después de haber esperado á su alteza más de media hora, se había vuelto al Palacio Real.

Efectivamente, el duque, al entrar en la habitación que el abate tenía en el Palacio Real, le halló trabajando con sus secretarios: sobre una mesa había una cartera atestada de papeles.

— Pido mil perdones á vuestra alteza, dijo Dubois al ver al duque, pero como monseñor tardaba y la conferencia parecía alargarse demasiado, me he permitido traspasar las órdenes que tenía y venir á trabajar.

— Has hecho bien, pero quiero hablarte,

— ¿ Á mí ?

— Á tí.

— Pero, ¿ á mí solo ?

— Justamente.

— En ese caso, ¿ quiere vuestra alteza que pasemos á su habitación ó que entremos en mi gabinete ?

— Entremos en tu gabinete.

El abate abrió la puerta, hizo un respetuoso saludo al regente, el cual pasó primero, y Dubois le siguió después de haber colocado debajo del brazo su cartera, preparada sin duda de antemano con la esperanza de recibir aquella visita.

Cuando estuvieron en el gabinete, el duque miró en torno suyo.

— ¿ Es seguro este gabinete ?

— Monseñor, las puertas son dobles, y las paredes tienen dos pies de espesor.

El regente se dejó caer en un sillón abismado en profundas reflexiones.

— Monseñor, os escucho, dijo Dubois después de un rato de silencio.

— Abate, dijo el regente en tono breve y como hombre decidido á no sufrir sobre aquel punto ninguna observación, ¿ está el caballero en la Bastilla?

— Monseñor, contestó Dubois, habrá una media hora que ha debido hacer su entrada en ese palacio.

— Entonces escribid á Delaunay: quiero que sea puesto inmediatamente en libertad.

Dubois parecía que esperaba esta orden. No se le escapó ninguna exclamación; colocó la cartera encima de una mesa, la abrió, sacó un expediente, y se puso á hojearle tranquilamente.

— ¿ Me habéis oído? dijo el duque después de una breve pausa.

— Sí, monseñor.

— Entonces, obedeced.

— Vuestra alteza puede escribir á Delaunay.

— ¿ Y por qué he de ser yo?

— Porque jamás firmaría mi mano la pérdida de vuestra alteza.

— No quiero palabras vacías de sentido, Dubois.

— No son palabras, monseñor; son hechos. El caballero de Chanlay ¿ es ó no es conspirador?

— Lo es; pero mi hija le ama.

— ¡ Excelente razón para ponerle en libertad!

— No será para vos, abate; pero para mí lo es,

y muy sagrada. Saldrá, pues, de la Bastilla al instante.

— Vuestra alteza puede ir á buscarle en persona; no seré yo quien se lo impida.

— Y vos, abate, ¿ sabéis ese secreto?

— ¿ Cuál?

— Que el caballero de Livry y Gastón de Chanlay eran una misma persona.

— Sí, monseñor, lo sabía.

— ¡ Luego habéis querido engañarme!

— He querido salvar á vuestra alteza del sentimentalismo en que se ahoga en este momento. El regente de Francia, demasiado ocupado ya en sus placeres y caprichos, no podía hacer cosa peor que tomar una pasión, ¡ y qué pasión! el amor paternal, una pasión espantosa. Un amor ordinario se satisface y por consiguiente se gasta; pero la ternura de un padre es insaciable, y más que todo insufrible. Esa ternura hará cometer á vuestra alteza faltas que yo impediré, por la razón sencillísima de que tengo la dicha de no ser padre; dicha de que me doy la enhorabuena todos los días, al ver la desgracia ó la tontería de los que lo son.

— ¿ Y qué importa que caiga una cabeza menos? dijo el regente. Ese Chanlay no me matará luego que sepa que soy yo quien le perdono.

— No, monseñor; pero no se morirá tampoco porque esté algunos días en la Bastilla, y es indispensable que pase algún tiempo en ella.

— Y yo (te digo que ha de salir hoy.

— Es preciso que permanezca preso por su propia honra, continuó Dubois, como si no hubiera oído al regente; porque si saliese hoy, sus cómplices, que se hallan á estas horas en la cárcel de Nantes, y á quienes vos, monseñor, no pensaréis poner en libertad, le tendrán por un espía y un traidor á quien habéis perdonado su crimen á favor de la delación.

El regente se puso á reflexionar.

— He aquí cómo son los reyes ó príncipes reinales, siguió diciendo el abate; una razón estúpida, como es la que acabó de dar, y como son todas las razones de honor, les persuade y les cierra la boca; pero no quieren comprender las grandes, las verdaderas, las buenas razones de Estado. ¿Qué importa á la Francia, pregunto yo, que la señorita Elena de Chaverny, hija natural de S. A. el regente, lllore al caballero Gastón de Chanlay, su amante? Diez mil madres, diez mil esposas, diez mil hijas llorarán antes de un año á sus hijos, maridos y padres, muertos al servicio de vuestra alteza, y por el Español que nos amenaza, que toma nuestra bondad por impotencia, y á quien alienta la impunidad. Tenemos el hilo del complot; preciso es castigarlo. El caballero de Chanlay, jefe ó agente de este complot, y que viene á París con el objeto de asesinar al regente, es el amante de la hija de su alteza; ¿qué le hemos de hacer? Es

una desgracia que cae sobre vuestra cabeza, como han caído otras muchas, prescindiendo de las que caerán. Si, monseñor, yo sabía todo eso; sabía que era amado; sabía que se llamaba Chanlay, y no Livry. He tratado de disimular, pero era para hacer castigar ejemplarmente á él y á sus cómplices, porque es indispensable que se sepa ya de una vez para siempre, que la cabeza del regente no es la de ningún muñeco que se pueda cortar por fanfarronada ó enojo, quedando impune cuando se yerra el golpe.

— ¡Dubois, Dubois! jamás asesinaré á mi hija por salvar mi vida, y sería asesinarla dando muerte al caballero; por lo tanto, nada de prisión, nada de encierro; evitemos hasta la sombra de tortura á aquel á quien no podemos castigar por completo: perdonemos, Dubois; perdonemos enteramente; no quiero perdón ni justicias á medias.

— Si, perdonemos, perdonemos; esa es la gran palabra; pero ¿no se cansa vuestra alteza de cantar esa palabra en todos los tonos?

— ¡Pardiez! ahora el tono debe variar, pues no es por generosidad. Pongo al cielo por testigo de que quisiera poder castigar á ese hombre, que es más amado como amante que yo como padre, y que me roba mi única y última hija; mas sin embargo, á pesar mio, no pasaré adelante... Chanlay será puesto en libertad.

— Chanlay será puesto en libertad; si, monse-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

100. 1625 MONTERREY MEXICO

ñor, ¿quién se opone á ello? solamente que no será ahora, sino dentro de algunos días. ¿Qué mal se le sigue con eso? ¡Qué diablo! ¡no tengáis cuidado; no se morirá porque pase una semana en la Bastilla! Mas, dejadme obrar para que no se mofen de nuestro pobre gobierno: tranquilizaos, monseñor; ya os devolveré vuestro yerno. Pensad que á estas horas se está instruyendo la causa de los otros, y que no les favorece gran cosa la instrucción. Pues esos también tienen amantes, mujeres, madres..... ¿no os acordáis de ellas?... ¡ah! ¡si! ¡tenéis demasiado talento para olvidarlo!... Además, debemos pensar en el ridículo que va á pesar sobre nosotros si llega á saberse que una hija del regente ama al hombre que ha venido á París á darle de puñalada. Los bastardos tendrían que reir para más de un mes; y este acontecimiento sería capaz de resucitar á la Maintenón, que se está muriendo, y hacerla vivir un año más. ¡Caramba! Tened un poco de paciencia, y dejad al caballero que coma los pollos y beba los vinos de Delaunay. ¡Pardiez! Richelieu es amado por una de vuestras hijas, y esto no impide que esté preso; porque como ha sido rival de vuestra alteza en los amores de la señora de Paradere, de la Sabrán y acaso de algunas otras...

— Pero, en fin, dijo el regente interrumpiendo á Dubois, toda vez que se halla bien asegurado en la Bastilla, ¿qué harás de él?

— ¡Oh! ¡aun cuando no hiciera ese noviciado sino para hacerse más digno de ser vuestro yerno! ..... Á propósito, y hablando formalmente, monseñor, ¿pensáis hacer tan afortunado á ese joven?

— En este momento en nada pienso, Dubois, sino en mi pobre Elena, á quien no quiero hacer desgraciada; y no obstante, creo que darle al caballero de Chanlay por marido, sería rebajarnos, aunque los Chanlay sean de buena familia.

— ¿Los conociais, monseñor? ¡Pardiez, no faltaba otra cosa!

— He oído pronunciar su nombre hace mucho tiempo, pero no recuerdo con qué motivo. Entretanto, veremos; tu razón de honor me ha convencido; no quiero que pase por un cobarde. Mas con todo, no olvides tampoco mis deseos de que no sea maltratado.

— En ese caso está muy bien con Delaunay; ¿no conoce vuestra alteza la Bastilla? Si hubiera estado en ella siquiera una vez, le parecería una casa de campo; en tiempo del difunto rey era una prisión, es cierto, pero en el reinado del filantrópico y piadoso Luis de Orleans, es una casa de recreo. Allí se bebe vino de Champagne á la salud del duque de Maine y del rey de España: vuestra alteza paga, por eso desean su muerte y la de toda su raza. El caballero de Chanlay se hallará allí en su verdadero terreno y á sus anchas, como el pez



en el agua. ¡ Ah! monseñor, ¡ compadeceos de él!...

— Sí, eso es, replicó el regente satisfecho de haber hallado un medio término; después veremos... según las revelaciones de Bretaña...

Dubois soltó la carcajada.

— ¡ Las revelaciones de Bretaña ! ¡ Por Dios, señor, quisiera saber qué podrán descubrir á vuestra alteza que no lo haya sabido de la misma boca del caballero ! ¿ Qué más revelaciones queréis, monseñor ? Si yo fuese regente, sabría ya demasiado.

— Pero no lo eres, abate.

— Desgraciadamente ; porque si lo fuera, tendría ya capelo de cardenal... Mas no hablemos de eso ; la cosa vendrá en su tiempo y lugar ; así lo espero. Por otra parte, creo haber hallado un medio de desenredar ese asunto que de tal modo os trae inquieto.

— Mucho desconfío de tus medios, abate.

— Escuchadme, monseñor ; ¿ vos no queréis favorecer al caballero sino porque vuestra hija le ama ?

— ¿ Y qué ?

— Que si el caballero pagase con ingratitud tan fiel amor... ¡ Oh ! la joven es altiva y renunciaría de *motu proprio* á su bretón ; sería un lance divertido, ¿ no es cierto ?

— ¡ El caballero dejar de amar á Elena, á un ángel ? ¡ Imposible !

— Á muchos ángeles les ha sucedido otro tanto,

monseñor ; además, la Bastilla hace y deshace muchas cosas : allí las almas se corrompen pronto, sobre todo en la sociedad en que el caballero va á hallarse.

— Bueno, veremos ; no des un paso sin que yo lo sepa.

— No tema vuestra alteza : con tal que mi política siga su curso, prometo dejar que vuestra familia brote por donde quiera.

— ¡ Ave de mal agüero ! dijo el regente riéndose, eres capaz de ridiculizar al mismo diablo.

— Vamos, ya veo que vuestra alteza me hace justicia. ¿ Queréis aprovechar este rato para examinar los documentos que me envían de Nantes ? Esto os afirmará en vuestras buenas disposiciones.

— Sí, pero antes manda á llamar á la señora Desroches.

— ¡ Ah ! es muy justo.

Dubois tiró del cordón de la campanilla, y dió la orden del regente.

Diez minutos después entró humilde y cabizbaja la señora Desroches ; mas en lugar de la tempestad que esperaba iba á descargar sobre su cabeza, recibió cien luises y una sonrisa.

— No lo entiendo, dijo para sí al marcharse : sin duda esa joven no es hija suya.